

Carlos René Ibacache

DISCURSO DE INCORPORACIÓN

como Miembro Correspondiente por Chillán

Chillán, 21 de junio de 2002

Este instante nunca fue parte de un sueño, mucho menos de una ambición. La circunstancia que hoy me permite estar con ustedes, comenzó con una carta, tan inesperada como sorprendente, firmada por el profesor y académico Ernesto Livacic. En ella, me planteaba esta posibilidad, como primera parte de una gestión, que finalmente, culmina hoy es esta ceremonia.

Muchas gracias a quienes han intervenido en este proceso. En primer lugar, a los académicos, señor Alfredo Matus, Director de la Academia Chilena de la Lengua; señor José Luis Samaniego, su Secretario General y señor Ernesto Livacic, protagonista de la primera diligencia. Y por supuesto, a los académicos que me postularon, amigos de muchos encuentros y afanes literarios, señores Matías Rafide, Juan Antonio Massone y dos nacidos en estas tierras de Ñuble, Fernando González-Urizar en Bulnes y Fidel Sepúlveda, en Cobquecura.

Sinceramente creo, que tras cualquier galardón o reconocimiento que uno recibe en la vida, siempre hay, junto a esa realidad, personas que lo han ayudado, acompañado o estimulado, para que ese hecho ocurra. Por eso, quiero que me permitáis, haciendo uso de este feliz momento, agradecer en mi primer lugar a mi familia, representada por mi esposa Albina, mis cuatro hijos, sus cónyuges y mis siete nietos. En segundo lugar a cinco de mis maestros ya fallecidos, representando a los cinco establecimientos de los cuales fui alumno. A mi profesor primario, Don Arturo Urrejola Durán, de la Escuela N° 6 de Chillán, hoy D-253; a mi profesor de Humanidades, José Kvapil Goliend, del Seminario de Chillán, hoy Colegio Padre Alberto Hurtado; a mi profesor Ramón Sotomayor Aroca, de la Escuela Normal de Victoria, quien sería posteriormente mi director en la Escuela Normal de Valdivia; a don Alejandro Covarrubias Zagal, profesor de la Escuela Normal Superior de Santiago y a don Eleazar Huerta Valcarze, de la Universidad Austral de Chile, con asiento en Valdivia, generador de muchas virtudes y quien de verdad nos endilgó con su sabiduría por los generosos ámbitos del idioma español. Todos ellos forman parte fundamental de mi formación humana y académica. En tercer lugar, mi reconoci-

ACADEMIA CHILENA N° 75
/ 2001 - 2002)

miento a las instituciones educacionales en las cuales he laborado, como la Escuela Normal de Valdivia, la Universidad Técnica del Estado, sede Valdivia, la Universidad de Chile, sede Ñuble y el Colegio Concepción de Chillán, Personalizo mi reconocimiento a este último Colegio, donde he trabajado los últimos 23 años, de los 54 que tengo de docencia, en el profesor Enrique Salinas Buscovich, aquí presente.

Distinguidos académicos autoridades y gentiles amigos invitados. La tradición tiene sus exigencias y debemos someternos a ella. Para registrar nuestro nombre en esta docta Corporación, es preciso presentar un trabajo, un trabajo de Incorporación. No siempre es fácil. Me recuerdo a este respecto, de mi maestro Eleazar Huerta, cuando debíamos presentar a la Universidad de Chile, de la cual dependía la recién creada Universidad Austral, el tema de nuestra Tesis de Grado. El me dijo: "Tú ya tienes un título docente. Aprovecha esa experiencia y haz un trabajo que tenga relación con la Escuela Normal o la Universidad Técnica del Estado, la recordada UTE". En aquel entonces, yo trabajaba en ambos establecimientos. Le hice caso a mi maestro e inscribí el tema: "La enseñanza de las Humanidades en la Educación Tecnológica Superior". Interesante tema, que me vinculó con el gran problema de cómo formar un buen profesional técnico, con respaldo humanista, que era el gran problema de aquellos años de la década del 50 y que de modo directo afectaba o comprometía a las Universidades Técnicas del Estado y Federico Santa María de Valparaíso.

Una de las consecuencias de ese trabajo, finalmente aprobado, fue la revisión de la metodología que estábamos poniendo en práctica, en la enseñanza de los ramos de connotación humanista, que consideraban los planes de estudio de estas Universidades. Recuerdo que tras intensas y variadas reuniones de trabajo, de los profesores de este sector de las siete sedes de provincia con la sede metropolitana, hicimos entre otras cosas, un listado bibliográfico de novelas y cuentos, escritos por autores chilenos y extranjeros, cuyos protagonistas de algún modo estuviesen laboralmente relacionados con actividades profesionales técnicas o con manifestaciones costumbristas o criollistas. En esa generosa nómina de libros, no menos de ochenta títulos, estaban *Subsole* y *Subterra* de Baldomero Lillo y *Cartas de la Aldea* de Manuel Jesús Ortiz. Creo que la lectura de este último libro me marcó, no sólo como lector, sino también como profesor. Nunca lo olvidé, como tampoco lo han olvidado aquellos alumnos, hoy ingenieros de diversas especialidades, cuando evocan sus experiencias lectoras. Es el libro en el cual hoy me apoyaré, para hacer una breve incursión por la narrativa costumbrista nacional.

Es previo, sin embargo, que nos ubiquemos en el espacio y en el tiempo, donde nuestro autor recibió sus lecciones de vida.

Nació don Manuel Jesús Ortiz Espinoza, en San Carlos el 26 de agosto de 1870 y falleció en Santiago, el 17 de noviembre de 1945.

La primera parte de su vida transcurrió en su tierra natal. Terminados sus estudios primarios, postuló como alumno de la Escuela Normal "José Abelardo Nuñez" de Santiago, establecimiento del cual egresó en 1887, con el título de profesor primario. Su primer nombramiento fue en San Ignacio y luego en Bulnes. Tres años permaneció en este sector de la provincia, donde ya comienza a destacarse, primero como profesor y luego, como cronista. En 1890 es trasladado a Chillán, donde comienza a llamar la atención por sus méritos profesionales. Aquí se desempeña como subdirector de la Escuela Normal y como profesor de castellano del Liceo de Hombres. Paralelamente escribe en el diario *La Discusión* y en *El Mercurio* de Santiago. Edita su primer libro *Pueblo Chico* en el año 1904. En 1908 fue designado director de *La Discusión* y ese mismo año edita, con el nombre de *Cartas de la Aldea*, una selección de las cartas que periódicamente escribía al director de *El Mercurio*, don Carlos Silva Vildósola, periodista y meritorio escritor, quien en su prólogo, le dio a esta primera edición, un poderoso impulso.

Poco después, como colaborador del diario *Las Últimas Noticias* utilizando el seudónimo de "Bergerac", Ortiz se transforma en director de ese medio de circulación nacional. Tal hecho sucedió en los años 1912 y 1922. De este modo, este profesor, escritor y periodista, insensiblemente, llegó a la política y luego a la Cámara de Diputados en 1920, por la agrupación Bulnes y Yungay. Su papel principal como parlamentario, estuvo asociado a la educación. No debemos olvidar que la Ley de Instrucción Pública Primaria, obligatoria, laica y gratuita fue aprobada, precisamente, en 1920. Por su parte, las ediciones de *Cartas de la Aldea*, prosiguieron sin interrupción los años 21, 45, 48 y 66, esta última prologada por Alfonso Calderón. Entre tales reediciones, aparecieron, su novela *El Maestro*, en 1914; *Caricaturas*, en 1916 y *Relatos y comentarios*, en 1935, recientemente ha habido nuevas reediciones de *Cartas de la Aldea*, con respaldo de la Municipalidad de San Ignacio. La primera en 1996 y la segunda en año 2000, esta última como parte de la *Serie Cuadernos del Bío-Bío*, que dirige el profesor e historiador Alejandro Witker y ambas con un prólogo de mi autoría, junto a las palabras consagratorias de don Carlos Silva Vildósola. Se supone con argumentos que San Ignacio es la mentada "Aldea" de sus cartas. Así lo han entendido sus dos últimos alcaldes, quienes le han dado a este libro la más amplia difusión en su comuna, cuyo liceo lleva el nombre de "Manuel Jesús Ortiz".

Como parlamentario, don Manuel Jesús termina su jornada en 1924. Presenta su expediente de jubilación en 1931, como Visitador General de Escuelas Normales, participa en las actividades de reedición de su libro estrella, viaja por diversos países europeos y americanos y edita su último libro *Relatos y comentarios*. Víctima de una enfermedad al corazón, fallece en 1945.

Hasta aquí la figura de este autor, que con tanto éxito caminó por los senderos de la docencia, el periodismo, la literatura y la política.

Su estilo -escribió el profesor Hugo Montes-⁽¹⁾, es sencillo, sin amaneramiento. Prima en él un equilibrio que disuena con su tendencia a la caricatura en el análisis costumbrista. Como todos los representantes de la generación de 1900, muestra afinidad con el objetivismo detallista del naturalismo y con una tendencia a exaltar los valores nacionales, tal como lo hace la literatura española finesecular, convencido del valor social de las buenas lecturas.

Sobre la base de esta opinión me referiré ahora a las variables que el costumbrismo nos ofrece, sus orígenes en la literatura española y los autores que con mayor relevancia la favorecen.

Específicamente entendemos que, tanto la prosa narrativa y el teatro, son costumbristas cuando reflejan en un plano de ficción los usos, modos y costumbres de terminada época. Sin embargo, la literatura española, designa como "costumbrismo"⁽²⁾, a un campo bastante determinado y llama escritores costumbristas a los que han escrito directamente los llamados "cuadros de costumbres" o "artículo de costumbres". Como ejemplo clásico se cita a Mariano José de Larra, quien, sin duda, asentó su fama en la crítica de costumbres, en la que se suman fecundamente, su sentido español de la observación picaresca, con la gracia más sutil que -según él mismo- a Francia debía⁽³⁾.

Importante ejercicio es éste de investigar de dónde procede este afán de examinar hechos y costumbres. Se ha escrito por algunos analistas que la noción de aparición de escritores costumbristas, pertenece históricamente a los años de fines del siglo XVIII. Por ahí aparece su huella, como actitud y preocupación, donde el rigor, los vicios, virtudes y costumbres humanas, fueron tema predilecto de todas las épocas literarias. El ambiente siempre estuvo presente.

Si nos remontamos al siglo XIII, podemos advertir las costumbres de aquella época, leyendo el Mío Cid, como asimismo, las crónicas de Juan Ruiz o López de Ayala en el siglo XIV "cuyas obras fueron calificadas como espejo de la sociedad de aquel tiempo".

Nuestros grandes autores, Cervantes entre ellos, no escaparon a este designio. Quien haya leído sus novelas ejemplares, puede percatarse con facilidad que así es. Lo hemos hecho con *La fuerza de la sangre*, un testimonio claro de lo que eran las clases sociales, la vida familiar, las prácticas religiosas, etc.

Si nos acercamos a nuestro tiempo y leemos textos literarios del siglo XIX, encontramos sin mucho esfuerzo, que el costumbrismo como tendencia literaria, encuentra sus mayores opciones en la vida satírica, circunstancia que nos

¹ Así lo escribió en *Historia y Antología de la Literatura Chilena*. Editorial Zig Zag. S.A., Santiago, Octava región, 1969.

² "El Costumbrismo tradicional", Ensayo de René Alberto Campos, publicado en la *Revista Antara* N° 2, Año II. Departamento de Humanidades y Artes de la Universidad de Chile, Osorno, 1975.

³ Introducción del libro *Larra*. Antología, por M.M.L., 1945, pp. 31-63.

permite pensar que la costumbre humana, al transformarse en obra de arte, mereció una atención mayor, por lo que tenía más de censura que de elogio.

Lo sorprendente es comprobar cómo el costumbrismo en nuestra narrativa, acogándose a la práctica narrativa española, comienza a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX a proyectarse en la narrativa regional, favoreciendo el desarrollo literario de los valores populares.

Si nos atenemos a esta realidad, si convenimos que Manuel Jesús Ortiz fue un extraordinario lector, capaz de superar con creces, siendo muy joven, los conocimientos que le entregó la Escuela Normal de Santiago, que a los 18 años lo lanzó a la vida del trabajo, tenemos que aceptar que eso fue posible gracias a sus lecturas y a las influencias de ésta.

El profesor Félix Armando Núñez, fallecido en 1972, normalista de Santiago y, además, profesor de castellano, egresado del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, escribió un denso e interesante ensayo sobre "Manuel Jesús Ortiz y su obra". Fue su trabajo de incorporación, como miembro académico de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Concepción, de la cual llegó a ser su decano. En un pasaje de su investigación⁽⁴⁾, anotó textualmente: "Y tuvo muchas influencias. ¿Y quién no? El que esté libre de pecado, que arroje la primera piedra. Ni en el mundo de los vivos ni en el arte, hay generación espontánea. Basta el matiz para indiferenciar e individualizar. Para un lector avezado y más si es especialista -prosigue el profesor Núñez- los próximos escritores están muy visibles en la obra de Ortiz: Cervantes y don Quijote, Gil Blas de Santillana, Fray Gerundio de Campaza, Mariano José de Larra, el Juan Valera de *Pepita Jiménez* y *Doña Luz*, Edmundo de Amicis, en el capítulo final de su novela *El maestro*. Estos ofrecieron al escritor el ideal de la forma. La dirección de la materia se la imprimió Jotabeche (José Joaquín Vallejo), el equivalente en el norte de Chile a nuestro Manuel Jesús.

Pero Ortiz pudo transformar esa materia en obra artística, con mayor maestría que Jotabeche, "porque su gusto es más depurado y superior su dominio del idioma".

Hasta aquí el juicio sobre Ortiz del profesor Félix Armando Núñez, que comparto absolutamente, después de haber leído en extenso su obra, que no sólo me ha comprometido para hacer este trabajo, sino también para escribir su vida y su obra en un Cuaderno programado por la *Serie de Cuadernos del Bío-Bío* y cuya edición está en manos de la Municipalidad de San Carlos, la tierra natal de este escritor.

⁴ Revista *Atenea* Nos 355-356, Universidad de Concepción, 1965, pp. 31-63.

SANTIAGUINOS Y PROVINCIANOS

No resisto la tentación de entregar a quienes hoy me escuchan, uno de los textos de *Cartas de la Aldea*, tal vez uno de los más breves y divertidos y simboliza de muy buena manera, lo que Santiago ha significado para el alma provinciana nacional. Esta dualidad Santiago y Provincia, aún subsiste como referencia, para muchas veces descalificar el "provincianismo", que se presenta como disminuido y hasta carente de esa sustancia que tan sólo las metrópolis tienen. Recordemos el texto:

"Santiaguinos y provincianos"

"En mi aldea, y aún en la capital de mi provincia, hay por todo lo que es santiaguino un respeto que raya en veneración. Basta que una cosa proceda de Santiago para que la juzguemos óptima.

La inmensa nombradía de que disfruta en mi pueblo el señor Faustino no proviene tanto de su talento político ni del tino con que rige la comuna desde su sillón de primer alcalde, como de un viaje que hizo en no sé qué parte. A su vuelta había perdido el tumor, pero había ganado perdurable prestigio ante sus gobernados; y aún hoy, cuando tiene que recordar alguna fecha, la relaciona con el magno suceso, diciendo, por ejemplo: "Al año siguiente de mi viaje a Santiago".

El anhelo ferviente de nuestros comerciantes, de nuestros industriales, de nuestros agricultores, es labrarse una fortunita que les permita irse a vivir a la capital y comprarse un coche para pasear a su señora y a sus niños por el Parque o la Alameda, y la ambición de todas las señoritas casaderas es hallar un novio santiaguino para que rabien de envidia las que se ven obligadas a casarse con provincianos.

Un "quidam" cualquiera sale de aquí a rodar tierra y a probar fortuna. Llega a Santiago y encuentra una humilde colocación, como la de barredor de una tienda o mozo de un restaurant, y ya cree haber clavado una pica en Flandes. Pasado algún tiempo, resuelve venir a su pueblo. Se mete dentro de un terno que le ha obsequiado su patrón después de un año de usarlo, o que ha adquirido de lance en el remate de una agencia, se cala un sombrero que apenas le tapa la coronilla, se acicala con una corbata de rabiosos colores, y el día menos pensado lo vemos lucir airosamente su facha original en nuestras calles y plazas. ¿Nos reímos de él? Nada de eso. Correspondemos amablemente a su saludo protector, y después que pasa nos quedamos diciendo.

- ¡Está empleado en Santiago!

A la capital de mi provincia llega de cuando en cuando un cortador de una sastrería santiaguina. Viene a tomar medidas para hacer los trajes en la capital y mandarlos después por encomienda. Y allá van nuestros gomosos a hacerse medir el cuerpo por el "artista" y poco después los vemos ostentar, henchidos de satisfacción, unos trajes que les sientan pésimamente, como que han sido hechos sin

someterlos a prueba, y que les cuestan dos veces más que si los hubieran adquirido donde el sastre provinciano que les fía pacientemente para que le paguen por mensualidades. Y es de ver el año con que procuran que se conozca la procedencia del traje, y la habilidad con que encaminan la conversación para poder decirlo a sus amigos y conocidos. Uno de estos elegantes se ponía en vez pasada las manos cruzadas a la espalda, levantaba, haciéndose el distraído, los faldones del chaquet, y daba media vuelta para que los que estaban con él pudiesen notar la marca de la sastrería santiaguina en la pretina de sus pantalones. No hay por aquí tendero que no elogie su género diciendo que en Santiago están de moda, ni hay despachadero que no quiera honrar sus establecimiento llamándolo "Almacén de Santiago" o "Emporio de la Capital". Nuestros barberos anuncian en letras gordas que cortan el pelo y rasuran las barbas a la santiaguina, y a pesar de que mi provincia es la tierra clásica de la sustancia en pasta y de las empanadas, nuestras sustancieras y empanaderas se esfuerzan en hacernos creer que elaboran sus sabrosas mercaderías al uso de la capital.

"Amor con amor se paga", dice el refrán, pero a fe que miente cuando se trata de este amor de las provincias por su metrópoli, porque jamás se ha visto cariño más mal pagado.

Para muchos santiaguinos, todo lo que huele a provinciano es ridículo y despreciable, con excepción de los votos en tiempos de elecciones, y dar a alguno ese calificativo es inferirle una ofensa de las que allá acostumbran lavar con... champaña.

¿Aparece cualquier día en las calles de Santiago un tipo raro, de marcha torpe y pesada, de levita rabona y "tongo" monumental? Ese es provinciano, dicen todos, y lo miran con sonrisa compasiva; y averiguando el caso, resulta que el tal jamás ha puesto los pies fuera de la capital.

¿Un escritor provinciano publica un libro o una... Carta de la Aldea? Si es lo primero, el santiaguino no se digna leerlo, aunque el autor se lo envíe gratis y con humilde dedicatoria; si es lo segundo, no falta por ahí un criticastro que lo acuse de plagio, con intención más dañada que la que ponen en sus pelambres las comadres viejas de mi pueblo.

Y para que usted vea, señor Director, hasta qué extremo algunos santiaguinos llevan su desprecio por lo provinciano, allá vea, como punto final a esta carta hilvanada, el hecho siguiente, cuya autenticidad puedo garantizarle.

Mostraba hace poco un joven de provincia a un amigo suyo de la capital una de las bellezas naturales más admirables de nuestro país: la desembocadura del Bío-Bío.

¿Qué te parece? -le preguntó de pronto, esperando que su amigo estallara en himnos de admiración. Pero el santiaguino miró con calma a todos lados para abarcar el conjunto y frunciendo los labios y arrugando la nariz, le dijo muy serio.

- Hombre, para ser un río de provincia, no está del todo mal..."

Revelador modo de plantear el tema de don Manuel Jesús, si recordamos que debe haberlo pensado o tal vez escrito hace ya un siglo. Memorable ocurrencia de don Carlos Silva Vildósola, al seleccionar las cartas más significativas que le había publicado en su diario el profesor Ortiz y transformarlas en un libro.

No cabe duda que el estímulo vino de los lectores de *El Mercurio*, cuyas opiniones escuchaba cada vez que aparecían. Resumiendo esos juicios, dice él en uno de sus prólogos:

"A medida que las *Cartas de la Aldea* iban apareciendo en *El Mercurio*, se despertaba entre el escaso público aficionado y entendido, un interés profundo y recibíamos preguntas interesantes acerca de quién era "J. M. Ortega", seudónimo de Ortiz, quién era ese nuevo escritor que comenzaba de tan admirable manera, con un estilo verdaderamente propio y original, sin sombras de imitación, sin amaneramiento de ninguna especie, con un refinadísimo buen gusto y con un poder de observar y describir, que podemos decirlo sin temor, no tiene precedentes en nuestra literatura".

Chile vivía los comienzos del siglo XX. Se estaba posesionando en nuestro territorio un narrador costumbrista de grandes méritos. Los reconocimientos y elogios no se hicieron esperar entonces y tampoco después, a medida que siguieron apareciendo las nuevas ediciones. La única voz disidente fue la de Hernán Díaz Arrieta quién, con sus críticas y su seudónimo Alone, ponderaba y sepultaba escritores. Pero fue una voz solitaria, que de algún modo anticipó lo que sería su rechazo y su disgusto por la literatura llamada "criollista".

A contrario sensu surgieron otras voces, como la de Raúl Silva Castro⁽⁶⁾: "Debe anotarse que Ortiz pretendió hacer, primero "cartas" de modo que los usos propios de la epístola suelen censurarse y que, en seguida, quiso introducir allí el material propiamente costumbrista. Se cuentan las cosas con llaneza y cada personaje es, en cierto grado, representante de un grupo humano, que así se da en Ñuble, como en cualquiera otra provincia de Chile o si se quiere en cualquier país del mundo".

Samuel Lillo, por su parte, escribe confirmando las influencias de los españoles en la creación narrativa de Ortiz. Así lo dice: "Admirador de Pereda y de Valera, tiene en sus descripciones de los campos chilenos, la maestría y el colorido de estos autores y en algunas de sus reflexiones, específicamente sobre *Pueblo Chico*, algo de la malicia y la ironía del creador de *Pepita Jiménez*".⁽⁷⁾

⁵ Alfonso Calderón incorporó en su prólogo de la edición 1966 esta opinión del Director del Diario *El Mercurio*.

⁶ *Cartas de la Aldea*, título de la crónica literaria, escrita por Raúl Silva Castro en el Diario *El Mercurio* del 29 de agosto de 1966.

⁷ Samuel Lillo en *Literatura Chilena*. Editorial Nascimento, Santiago, 7ª. edición, 1952.

Andrés Sabella, en una breve reseña⁽⁸⁾, anota: "Las cartas de Ortiz levantaron esta aldea en que la picaresca sopla su cuerpo de increíbles locuras, ajenas a los grandes embrollos y ceñida al reloj de los buenos vecinos, aunque en el municipio, don Faustino, el Alcalde soporte las deserciones de don Nemesio, edil pobre y de no mucho seso, instigada por don Emeterio, regidor levantisco y revoltoso".

Correa Calderón, en uno de sus ensayos⁽⁹⁾ intentando una definición genérica basada en el examen de los escritores costumbristas más representativos el siglo XIX, subraya en su estudio la necesidad de relacionar el artículo de costumbres con otros géneros literarios: teatro, memoria, cuento, poesía narrativa, cuadro de costumbres, etc., etc.

Pero es el escritor Mariano Latorre⁽¹⁰⁾, quien pretendiendo satisfacer esa necesidad, señala que su mejor denominación es "cuadro de costumbre, que no es preceptivamente, ni un cuento, ni una novela corta. Lo indica su mismo nombre. Es un "cuadro". Elementos de observación, diálogos o recuerdos, dispuestos en un espacio determinado y con una clara tendencia a la objetividad.

Si nos acercamos a nuestro tiempo, a este siglo y a nuestra tierra, a la Octava Región, nos encontramos que el costumbrismo, como expresión de época, aún tiene vigencia tal vez no en la sintonía de los siglos pasados, pero sí de los años recientes. Entre los libros que he leído últimamente, destaca con relieves propios un pequeño texto de 92 páginas, con el curioso título de *Estructuras inexorables de parentesco* escrito por nuestro recién incorporado académico y profesor de la Universidad de Concepción doctor Andrés Gallardo. Cuando lo leí a principios del año 2000, me pareció entenderlo como desahogo intelectual, deseoso de entregarnos un cuadro de costumbres vivenciado por sus parientes, hijos, abuelos, nietos, tíos, sobrinos, suegros, yernos y nueras, todos asociados con sus progenitores y ambientados en sus prácticas y costumbres en Chillán y Cobquecura. No es el único libro. Su texto *Nueva provincia*, ambientado en Coelemu, resulta ser también una expresión social y política, tan ingeniosa como humorística y satírica, elementos de los cuales, no están exentos los autores que gustan incursionar en estos ámbitos.

Mis estimados académicos, autoridades, familiares y amigos: creí oportuno desarrollar este tema por dos razones; primero, porque es un trabajo de incorporación, instancia importante para dar a conocer a uno de los nuestros, a un escritor de esta tierra, que tuvo la capacidad de ponderar lo nuestro, de escribir sobre lo nuestro, de consagrar personajes y personas que vivieron en nuestro

⁸ En el espacio "Los hombres y sus obras", que mantenía Sabella en la *Revista VEA* de Santiago. Publicó el juicio señalado en su edición del 2 de diciembre de 1965.

⁹ En la *Revista Chilena de Literatura* N° 14, de octubre de 1979. Se hace referencia a Eduardo Correa, sobre un artículo publicado por él en la *Revista de Ideas Estéticas* VII, 25 de marzo de 1959, pp. 65-72.

¹⁰ En "Notas sobre Manuel Jesús Ortiz" de Alfonso Calderón, a la edición de *Cartas de la Aldea*, de 1966.

suelo y segundo, porque ellos, estos escritores, nos hacen pensar en nuestra identidad, que nos hace diferentes a otras comunidades. Como Jotabeche, que hizo lo suyo en el norte, más específicamente en Copiapó.

He conversado con mis amigos sobre este tema y especialmente con dos de ellos: los profesores Alejandro Witker y Fernando Arriagada. El Dr. Witker me cuenta que cuando leyó *Cien años de soledad* de García Márquez, se le vino a la memoria *Cartas de la Aldea*, libro que había leído en su vida liceana. Se propuso buscarlo y releerlo. Lo encontró en una "librería de viejos" como se las llama. Era un ejemplar de la Editorial Zig Zag, año 1966. "Mi gozo contagió a mi mujer, a mis hijos y a unos cuantos amigos, todos los cuales expresaron su deleite por esta joya de nuestra literatura costumbrista. Cuando fundamos *Cuadernos del Bío-Bío* -me reitera- puse en la lista su reedición, que ha multiplicado las celebraciones".

Por su parte, el profesor Arriagada me entregó su pensamiento sobre *Pueblo Chico*, el primer libro publicado por Ortiz⁽¹¹⁾. En él se plantea, mediante siete cartas, la historia de un joven sacerdote, quien debe asumir sus servicios en una parroquia rural del centro del país. Allí, la situación está bastante mal, entre el representante de la iglesia y sus feligreses. Las circunstancias que motivan estas desinteligencias no se corrigen, pese a los esfuerzos del sacerdote. Con mucha agudeza y oficio en la palabra escrita, Ortiz desmitifica las bondades de los pueblos chicos, que en definitiva, son infiernos grandes, con muy serias limitaciones para su grandeza y desarrollo. Preciso es establecer -subraya el profesor Arriagada- que Ortiz hace en este libro, una verdadera apología de la educación, como alternativa de cambio y expresión de progreso". Hasta aquí su comentario.

Me ha ayudado mucho esta incursión en la vida y obra de Manuel Jesús Ortiz Espinoza. Espero como consecuencia lógica, que esto haya servido como aliciente para interesarnos en la lectura de sus obras, que éstas se reediten para su conocimiento de nuestras jóvenes generaciones y aprendamos a través de estas lecturas, conocer mejor la génesis de nuestros pueblos con sus múltiples prácticas, actividades, tradiciones y costumbres.

Finalmente, agradezco a la Academia Chilena de la Lengua, órgano de nuestra sociedad, jerarquizada por su misión y su estructura, el que haya escogido con interés este tema, convencido como estamos, que es la mejor instancia, para recoger los valores y mensajes literarios que nacen, crecen y se desarrollan en cualquier parte de nuestro territorio nacional.

¹¹ Algunas de estas reflexiones fueron publicadas por el diario *La Discusión*, el 25 de mayo de 1999.